



LA CIUDAD QUE NOS HABITA

Antología del Concurso
Literario Arcilla

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita

*Antología del Concurso
Literario Arcilla*

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita. Antología del Concurso Literario Arcilla / Camila Biasotti...[et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1776-1

1. Literatura. 2. Jóvenes. I. Biasotti, Camila.

CDD A860.9283



Correctora: Candela Páez

Diagramación y diseño: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



El Faro de Alejandría

Por Santino Pepe

Manuel Ontanáz se encontraba desayunando en barrio Alberdi con su amigo Sergio, con el cual compartían muy pocas cosas en común, pero ambos encontraban gran fascinación en algo concreto: las exploraciones urbanas. Llevaban indagando en este hobby desde hacía un año y medio y decidieron reunirse para establecer su próxima excursión y realizar un listado de las herramientas que utilizarían.

Manuel, poniéndose al día, levantó el diario matutino de *El Eco del Interior* y buscando romper el hielo leyó en voz alta la noticia en primera plana: “Hombre carbonizado en Parque Sarmiento conmociona a todos los presentes. Los policías cordobeses se distribuyen por el parque para encontrar una explicación al caso, mientras tanto el cuerpo será evaluado por los peritos forenses”. A Sergio no le movió un pelo la noticia sensacionalista del periódico del día, estaba muy enfocado (aunque todavía no se había decidido concretamente el lugar a explorar) en supervisar que las linternas tuvieran pilas, los botiquines algodones y los guantes no se hubieran deshilachado. Manuel fue sin muchas cosas que agregar a su encuentro, pero, por lo contrario, Sergio tenía una pequeña sorpresa que dibujaría una sonrisa cómplice en Manuel: gracias a sus contactos podrían ir a una excepcional visita al Faro del Bicentenario, la construcción estelar de Nueva Córdoba y de toda la provincia mediterránea.

Decidieron encontrarse a las dieciocho horas en la entrada del parque que da acceso a la mole cordobesa. Manuel, muy ansioso, llegó a tiempo al encuentro, pero tuvo que esperar a Sergio media hora, quien justificó su tardanza por un tratamiento médico del cual le aseguró que no habría por qué preocuparse. Ya reunidos, el sol crepuscular les ofreció una vaga visión del parque. Sergio comentó que el faro tenía aproximadamente cien metros, a lo que Manuel recordó el mítico Faro de Alejandría, ubicado en el antiguo Egipto y de la misma altura, también llamado “El gran faro del mediterráneo”.

Con el manajo de llaves abrieron las rejas que daban acceso al jardín en donde se encontraba el coloso y cerraron con precaución. Luego, se dispusieron a buscar la trampilla que daba paso al faro y tras alumbrar toda la zona (como si ellos mismos fueran faros), encontraron entre hojas secas y bajo lo que parecía ser una rata en descomposición, una trampilla verde de acceso a unas escaleras de bajada y luego subida, acompañado todo con un pasillo vandalizado.

El lugar, desde su base general hasta lo que se veía como la punta del faro, era oscuro, solitario, húmedo y frío; sin embargo, se notaban pequeños destellos de luz que provenían de afuera. Se sentía el aire pesado, vacío y fúnebre, como un velatorio olvidado un miércoles por la madrugada. Alcanzaban a escuchar a las inocentes chicharras cantar por lo bajo y los pájaros parecían que no se atrevían a cantar. De repente, cayó una linterna desde la parte superior de la estructura e impactó fuertemente contra el concreto, rompiéndose en mil pedazos. Atribuyeron el hecho al olvido de algún trabajador y sin más antelación los compañeros comenzaron a subir la incalculable cantidad de escalones en forma de caracol. Con sus linternas alumbraron cada paso cuesta arriba por ocho minutos, calculando que la torre tenía noventa y largos metros sin el mástil. Deberían haber subido apenas menos de diez metros cuando Sergio, sin previo aviso, se agarró de la baranda y comenzó a vomitar por el hueco que dejaba ver la escalera caracol.

—¿Estás bien Sergio? —le preguntó Manuel acercándole unas servilletas que llevaba.

—Sí, solo me mareé un poco. Voy a sentarme un momento y te alcanzo en breve —dijo Sergio tras toser repetidas veces contra las servilletas del café de esa mañana.

No muy satisfecho con su respuesta, Manuel decidió continuar de todas formas con esa experiencia única. La verdad es que Sergio se estaba recuperando de una larga lucha contra una neumonía y no era la primera vez que vomitaba o se sentía descompuesto; quizás había decaído. Sin haber avanzado mucho, se asomó por la baranda para ver cómo estaba su amigo y se dio cuenta que su vómito, además de bilis, contenía sangre en gran cantidad y apuró el paso para volver con él. Pero no lo encontró donde lo dejó, sino que encontró cenizas como rastro por las escaleras.

Se alarmó por la desaparición de su compañero, pero inmediatamente se distrajo por un cantar a viva voz que le hizo acordar a las lenguas aborígenes, como si una docena de personas estuvieran haciendo un ritual afuera del faro. Asustado, apuró el paso hacia arriba sin saber bien por qué cuando de pronto, desde una de las grietas del concreto añejo, se asomó un rayo de luz. Al acercarse a la grieta no logró toparse con el Parque Sarmiento ni con sus edificios, sino con una llanura en pendiente, en un campo verde y salvaje bajo un cielo celeste y soleado. De repente aparecieron en escena siete señores a caballo que escoltaban a un brillante hombre de rasgos castellanos, el cual, fatigado por brava porfía, descendió orgulloso del animal y clavó su espada en la tierra. Proclamó fundar la “Córdoba de la Nueva Andalucía” al pie de un río caudaloso donde locales espectaban el suceso.

Manuel, conmocionado por lo ocurrido, se apartó de la grieta y se sentó en un escalón buscando darle lógica a lo visto, pues el día no había llegado según su reloj y, de haber sucedido así, Sergio lo hubiera buscado antes de la apertura del parque. Se agarró la cabeza en pánico, buscando una explicación a todo lo sucedido. Estuvo así al menos tres minutos (que es lo que duró el discurso del andaluz fundador) y tras mudo pensamiento, comenzó arcano rumbo hacia arriba.

Luego de unos veinte escalones, notó a través de las grietas las primeras edificaciones en la ciudad de Córdoba, algunas estructuras apenas reconocibles como el colegio Monserrat o el Cabildo. Luego decidió subir un poco más y se percató en otra grieta la presencia de lo que parecía ser de lejos un cortejo acompañando a un carruaje con tesoros traídos de la capital. Un señor petiso se bajó del vehículo con su oro para refugiarse en la ciudad libre de británicos. Manuel denotó, escalones después, que las banderas del territorio fueron reemplazadas por telas que se confundían con el permanentemente luminoso firmamento. Guerras improvisadas acechaban la ciudad y su población; divisas rojas eran puestas en lanzas y soldados de azul se aproximaban a lo lejos.

Manuel, tras entender vagamente el concepto del faro, lo escaló con un ojo en cada grieta visible, como un gato que busca poner el hocico en cada lugar donde un ratón se esconde. Los huecos cesaron

por largos tramos, hasta que una ciudad ultra poblada era recorrida por jóvenes y adultos en busca de derechos, que fueron respondidos con disparos mientras el humo de la pólvora se dejaba llevar por el viento; toda la situación era visible desde lo alto del faro. Las grietas iban aumentando a lo largo del recorrido. Señores armados corrían por los tejados de las familias, estallidos sociales y camiones de combate. Las grietas del faro se volvieron inmensas por unos escalones y Manuel se asomó a ver una serie de autos verdes persiguiendo personas. Con los disparos se echó para atrás, dejando ver al cielo gris su falta de valentía.

Las grietas se fueron achicando y ya cansado apuró el paso. Creyó ver por unos segundos a su compañero Sergio saliendo de un edificio frente al parque y la experiencia lo hizo volver como un cable a tierra por una fracción de momento; pero al pisar el siguiente escalón ya no lo vio más. Escuchó en la base de la estructura a unas personas conversando y torpemente dejó caer una linterna desde su bolsillo hasta la base. Manuel no podía parar por menudencias y, alienado, siguió buscando grietas.

De repente empezó a alucinar; el cuerpo le dolía y notó arrugas en sus manos junto con manchas en la piel. El desgaste era brutal. Comprendió que cuanto más arriba subía, más años le pasaban por encima y, como resultado, las escaleras lo hicieron envejecer; pero en su caso con una enfermedad mal curada que lo llevó a la muerte y posteriormente a convertirse en simple polvo. Probablemente ya ni siquiera quedaría nada de él.

Manuel entendió que no era el primer Manuel que subía por el faro, ya que la linterna que dejó caer unos escalones atrás era la misma que él había visto romperse contra la base con Sergio. Creyó deducir entonces que actualmente había al menos dos “Manuel” en toda la estructura y que Sergio no lo había abandonado, sino que estaba vivo y muerto en el mismo lugar, permanentemente. El lugar absorbía a su ocupante mental y físicamente, volviendo oscuro, solitario y frío a sus visitantes.

Manuel se asomó por una de las grietas y vagamente reconoció que ya había superado los ciento veinte metros de altura. Desde ahí podía ver que el faro no solo iluminaba a toda la ciudad, sino también a toda la provincia y, como una fotocopiadora, todo lo que iluminaba

absorbía su esencia en el momento actual, dejándola de más fácil lectura a quien se asomara por las grietas: una madre trabajadora que por el cumpleaños de su hijo preparaba empanadas árabes; una señora mayor pidiendo plata en la puerta de un banco del barrio General Paz; infinitas parejas de todo tipo demostrándose amor contra las barandas de la cañada; artistas buscando sacar alas en bares de Güemes; un hombre encerrado en la oficina, con un fondo de pantalla de las sierras de su pueblo natal; la luna que alumbra los campos y el sol que irradia sobre los ríos.

Manuel lo vio todo sobre su provincia natal. Todo desde todos los ángulos y puntos de vista. Eso incluía, naturalmente, la destrucción de toda vida sobre su tierra; cómo se calentaba el planeta y luego se enfriaba.

Finalmente, el faro lo dejó llegar a su punto más alto y, pasando por una escotilla, llegó al último piso donde solo se encontraba la antena. Desde allí podía ver todo como oscuridad y polvo de estrellas, era magnífico. Se asomó por el vacío y solo vio tinieblas; no pudo vislumbrar el suelo del parque sino, en su defecto, la infinidad del faro.

Condenado por la locura, se arrojó buscando volver con Sergio, a Córdoba, a su vida. Manuel sintió cómo atravesaba todos los años de la existencia de la materia. Poco a poco, su cuerpo empezó a incendiarse debido a la velocidad con la que viajaba entre las décadas y siglos. Para mala suerte de él, no murió en el acto. En la caída divisó que volvió a su año de origen, pero lamentablemente no logró desacelerar ni aterrizar, sino que impactó contra el Parque Sarmiento en llamas, conmoviendo a todos los presentes, convocando a la policía y llamando la atención del diario *El Eco del Interior*.